

La Libertad

Periódico Tradicionalista

Año III

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
5, Plaza del Hospital 5.

Tortosa 4 de Abril de 1903.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
2 reales al mes.

Núm. 105

De San Mateo, Capítulo XXVI. V. 46

LEVANTÁOS, vamos: ya llega aquel que me ha de entregar.

V. 47. «Aun no había acabado de decir esto, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de gran multitud de gentes con espadas y con palos, que venían enviadas por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo.»

48. «El traidor les había dado esta señal: aquel á quien yo besare, ese es, asegurable.»

49. «Arrimándose, pues, luego á Jesús, dijo: Dios te guarde, Maestro. Y le besó.»

50. «Díjole Jesús: ¡oh amigo! ¿A qué has venido? Llegáronse entonces, y echaron la mano á Jesús, y le prendieron.»

56. «Entonces todos los discípulos, abandonándole, se huyeron.»

Acababa Jesús de someterse á la voluntad de su Padre celestial, y alentado por el vivo deseo que le animaba de redimir al linaje humano, se levanta intrépido y va al encuentro de sus enemigos que, acaudillados por Judas, se dirigen al huerto para prenderle.

Entretanto dormían los discípulos, á quienes el divino Maestro mandó que velaran y oran.

Igual conducta guardan hoy muchos católicos. Saben que los enemigos de Jesús se reúnen frecuentemente, se cuentan, se organizan y ordenan para dar la última batalla á la Iglesia, y en ella á su divino Fundador; y ellos, los católicos, permanecen en su apatía, duermen sosegados, y ni siquiera les despierta el fatídico clamoreo que levantan los sectarios contra Dios y su Cristo.

El Papa y los Obispos alzan su voz y dicen: mirad que el enemigo avanza, mirad que viene armado de la calumnia, y del apoyo que le prestan las libertades de perdición, mirad que cuentan con el oro judío y la imprudente audacia de la prensa impía, mas ellos duermen, y no escuchan la voz del Pastor que da el grito de alarma para defender nuestras sacrosantas creencias.

Acércase el nuevo Judas que ha desertado de la escuela de Cristo, anuncia celebrar un mitin que en nombre de la libertad se le permite, y allá van libertarios y admiradores inconscientes á escuchar blasfemias contra la Religión, calumnias contra el Sacerdocio, burlas groseras contra los católicos, y algunos de éstos que por curiosidad también asisten y se suman con los sectarios, escuchan en silencio las barbaridades que aquella boca de infierno vomita, y no alzan ¡cobardes! una enérgica protesta contra el insensato que lastima descaradamente los sentimientos religiosos y piadosas costumbres.

Judas, el traidor que ha vendido á su Maestro, el infame que ha prometido entregarle, el insolente que afecta todavía respeto á su divino

Maestro, se adelanta y con temerario cinismo le saluda, diciendo: *Ave Rabbi*, Dios te guarde, Maestro, y después acerca sus labios sacrílegos y besa á Jesús.

Horroriza en verdad la traición de Joab. Éste dijo á Amasa: Dios te guarde, hermano mío; y con la mano derecha asió la barbilla de Amasa en ademán de besarle. Y no habiendo hecho Amasa ningún reparo en la daga que tenía Joab, le hirió éste en el costado, y derramó por tierra sus entrañas, y sin repetir el golpe le dejó allí muerto.

Crimen execrable sin duda fué este de Joab, pero el beso de Judas fué sacrilega traición y crimen de lesa majestad divina. Él no se arrojó sobre Jesús, pero advirtió á la canalla que lo aseguraran.

De la misma manera proceden los actuales perseguidores de la Iglesia. No usan de la espada, como los antiguos emperadores, pero la oprimen con diabólica astucia. Afectan respetarla y amarla, pero la entregan al odio de las sectas, á la calumnia de la prensa, al desenfreno de las turbas, y al despotismo de leyes inicuas. Amplia libertad para los sectarios, represión para los ministros de la Religión.

Si éstos defienden con valentía los intereses de la Iglesia, se les llama temerarios perturbadores del orden; mas si aquéllos lanzan insultos soeces contra la Religión, si blasfeman contra Dios, si vomitan errores contra la fe, se les tolera, porque hay libertad para el error, y opresión para la verdad.

Compadecido Jesús de la triste suerte de Judas quiere ganarle todavía, y le pregunta cariñosamente: Amigo ¿a qué has venido? Pregunta que debió quebrantar la dureza de su corazón, pero él no respondió. Sintió sin duda el grito aterrador de su conciencia agitada por el remordimiento, y toda la pesadumbre de su traición inaudita.

Entonces echaron la mano á Jesús y le prendieron. Fué llegada la hora, y Él se entregó voluntariamente, antes no pudieron prenderle, porque no había dado licencia.

Los discípulos huyeron, y Jesús quedó solo en manos de sus enemigos. Cuando David huyó de Jerusalén, le acompañaron súbditos leales que le guardaban y defendían, á Jesús nadie le acompañó ni aun siquiera para consolarle.

Prenden de noche á Pio VI para que no ocurriesen tumultos entre el pueblo, y en el preciso instante en que va á salir de Roma presentándole uno de aquellos jesuitas á quienes la tempestad había dispersado, y Pio VI le dice: Habladme con franqueza, ¿os sentís con ánimo para subir conmigo al Calvario? Y el P. Martotti le contesta: Pronto estoy á seguir los pasos y la suerte del Vicario de Jesucristo y soberano mío.

A Jesús nadie le siguió, ni el mismo discípulo que antes había protestado estar dispuesto á ir con Él á la cárcel y aun á la muerte.

Protestas de adhesión y de amor á

la santa Iglesia católica las hacen frecuentemente todos los que desean ser tenidos por católicos. Pero asoma el peligro de perder el reposo, ó la amistad con el que ejerce poderosa influencia en la localidad, ó se teme no alcanzar buena posición social, manteniéndose firme en el campo netamente católico; y entonces se apela á la prudencia del siglo, se cae en la debilidad de adoptar temperamentos suaves que no irriten, nada de provocar rivalidades contra los que descaradamente predicán las excelencias del libre pensamiento. Prescindamos, dicen, de las opiniones de los demás, nosotros mantengamos nuestras creencias, y hacemos causa común con ellos en lo que se refiere solamente al orden civil y político.

De esta manera abandonan estos prudentes católicos la causa de Dios y de su Iglesia, y la dejan en manos de los que ligera ó lentamente preparan la persecución contra todas sus santas instituciones. La inacción de unos, y la cobardía de otros, llamándose igualmente católicos, han facilitado á las sectas los triunfos de que se envanece. Hoy los miran con asombro, se teme mucho por lo malo que se vislumbra, y sin embargo, no sacuden los católicos su inercia, no se levantan como un solo hombre para agruparse en torno de sus pastores y formar un núcleo compacto y fuerte capaz de detener el torrencial impetuoso de impiedad que amenaza arrollar las tradiciones sagradas de la patria, y derribar á Jesucristo del trono que le pertenece como Rey que es de los cielos y de la tierra.

Escuchad los que os llamáis católicos: Si los discípulos por conservar la piel huyeron y abandonaron á su Maestro, nosotros que confesamos frecuentemente con la boca á Jesucristo, mostrémos al mundo que estamos dispuestos á defender los intereses de Dios y los derechos de su Iglesia, aun á costa de nuestra libertad y de nuestra vida. *Tecum paratus sum, et in carcerem et in mortem ire.*

Pedro, Obispo de Tortosa

Marzo 27-1903.

Meditemos

Pocos meses hace tuve la dicha de visitar la Ciudad Eterna, y cuando ansioso buscaba la augusta morada del representante de Dios en la tierra, contemplé allá en el otro lado del Tiber, encerrada en el Vaticano, la venerable figura del Soberano Pontífice, que después de crucificado por la revolución italiana, lo mantiene allí encerrado, como á Cristo en su sepulcro, junto al sepulcro de Pedro, vigilado y custodiado por los sectarios de la revolución y de la impiedad. En la ribera opuesta se levanta de nueva construcción la Sinagoga, soberbio, lujoso edificio, para que allí congregado el pueblo deicida custodie el sepul-

cro de Pedro y la cárcel de su sucesor para impedir su resurrección. No importa, millares de católicos cruzan á diario el puente de Sant Angelo y se postran ante aquel santo sepulcro, de donde emanan celestes resplandores que iluminan y confortan la fe de los creyentes, y cuando en la noche de los tiempos, según los providenciales designios, llegue el amanecer de la Resurrección, sin que puedan impedirlo los guardias de la impiedad, aparecerá triunfante la Iglesia y el Pontificado iluminando al mundo todo y dictando leyes á toda la Humanidad desde la cumbre del Capitolio.

Pocos días después, de regreso á mi patria, me dirigí á Venecia, la antigua Reina del Adriático; crucé sus canales solitarios, y extranjero en tierra extraña, busqué con ahinco el pequeño suelo español, la representación genuina de la familia española en aquella ciudad. En medio de las aguas muertas del gran canal vi levantarse una empalizada coronada por flores de lis; guardando la entrada del antiguo Palacio, se hallaba amarrada ligera góndola á cuya popa flotaba el pabellón español. Penetré en la señorial morada, donde se recibe siempre á todo español como en casa propia. Todo allí inspiraba amor y recogimiento. Era el día de la conmemoración de los fieles difuntos y en la bonita capilla, ante las santas imágenes de la Virgen del Pilar y de Montserrat, de Santiago y San Hermenegildo, postrada la Realeza ante el altar santo, oraba por España, por sus mártires, por los cruzados de la fe muertos en las últimas guerras. El Rey de la tierra como cristiano se humillaba ante el Rey de los cielos.

También la revolución tiene allí sepultado al Rey cristiano, pero éste ora y espera con espíritu de sacrificio, espera sí la gloriosa Resurrección, y mientras guarda su puerta el Angel Custodio de España, los ojos de la fe nos muestran el día en que nos diga como á las Marías: *Buscáis al Crucificado. Surrexit non est hic.*

Estos días, pues, que nuestra Madre la Iglesia los dedica á la contemplación del sublime misterio del mártir del Gólgota, dediquemos á la oración todas nuestras actividades, meditemos sobre nuestra humana flaqueza y avivemos el espíritu de sacrificio cristiano, propio del verdadero carlista, para conseguir que se acorten los días de prueba y luzca cuanto antes para la Iglesia y para España la aurora de su Resurrección, que disipe las tinieblas de la impiedad y del liberalismo.

Víctor J. Olesa Fonollosa.

Vespes y Abelles

A l'hort del Calvari ¡si 'n trau de florida
El Arbre de Vida!
No trau flors més rojes pompós mangraner.
Un fruit sol hi penja, com poma candida:
Volém á cullirlo, menjemlo ab plaber.

Mes ¡ay! ¡son ferides no mai estroncades
Les flors esclatades
Damunt d' eixa Poma, que no té amargor!...
Obrirénles vespes ab fortes fibrades,
Pagant ab veneno del fruit la dolçor.

¿Qui sont eixes vespes ingrates y dures
Que ab ses picadures
El Fruit de la Vida dixárenlo així?
¡Ay ánima meua! ¿no te les figures?
Les culpes sont teu es, y teu lo veri.

¡Jesús meu! obrirte ab culpes novelles
No vullc més roselles
Al teu Cos santíssim y omplirles de fel.
Del cor mos afectes serán ara abelles
Que volen a ferhi ses bresques de mel.

Joachim García Girona, Pbre.

Las antiguas penitencias públicas en la catedral de Tortosa

MAS de una vez hemos dicho, y creemos que en ello no hay exageración, que la catedral de Tortosa en toda su larga historia ha estado siempre á grande altura, ocupando un lugar muy distinguido, no sólo entre las iglesias de España, sino aun del extranjero. Remontándonos á los tiempos más antiguos, desde luego vemos á la iglesia de Tortosa con una organización completa, y arreglada á los principios fundamentales de la disciplina eclesiástica.

Estas ideas nos ha sugerido la lectura de uno de los preciosos códices que se guardan en el archivo capitular, que trata de la forma ó solemnidades con que se había de verificar la reconciliación, y nueva admisión en la iglesia, de los pecadores que cumplían las penitencias públicas.

Como antecedentes recordaremos, que en la antigua disciplina era muy frecuente imponer penitencias públicas, lo cual sucedía regularmente cuando los pecados eran públicos, según aquella regla de S. Agustín, que dice: Los pecados cometidos á la vista de todos, deben ser asimismo reprendidos y castigados á la vista de todos, y los cometidos secretamente, seanlo secretamente. También había ocasiones en que, aun cuando los pecados fuesen ocultos, los pecadores se sujetaban voluntariamente á las penitencias públicas, sin que nadie se lo mandase, movidos tan sólo por el espíritu de devoción y penitencia.

A estos se refiere el código que hemos citado, que expresa las ceremonias que debían practicarse en la reconciliación pública de los penitentes. Las resumiremos brevemente.

Después de imponerles el señor Obispo el primer día de cuaresma el vestido propio de los penitentes, y la ceniza, de lo cual aun queda un recuerdo en el miércoles, que por esto se llama de Ceniza, en toda la cuaresma no podían recibir los Santos Sacramentos, ni aun estar dentro del templo durante la misa; pero practicaban ciertos rezos y actos de devoción en el átrio del templo ó claustro, y también podían entrar á oír los sermones.

Llegado el día de Jueves Santo, se verificaba la reconciliación con grande solemnidad y con muy tiernas ceremonias. Antes de la misa, el Prelado, el Cabildo y el Clero, formando procesión, se dirigían en silencio hacia las puertas exteriores de la catedral, donde se hallaban los penitentes. Al lado de éstos estaba el párroco ú otro sacerdote, que daba testimonio é informaba al Prelado sobre si los penitentes habían cumplido exactamente la penitencia pública que en su día se les impuso.

Hécho constar esto, un sacerdote pedía al señor Obispo que se dignase reconciliar á aquellos penitentes; lo que se verificaba dirigiéndoles el Prelado en la puerta de la iglesia una exhortación, animándoles á la penitencia y corrección de sus costumbres. Después les decía en latín estas palabras: «Venid, venid, hijos, oidme y os enseñaré el temor de Dios. Acercaos á El y seréis iluminados, y vuestros rostros no serán confundidos». El coro respondía, y repetía alternativamente con el señor Obispo dos ó tres veces las mismas palabras.

Seguidamente se rezaba un salmo alusivo al acto, durante el cual todos los penitentes se postraban á los pies del señor Obispo. Concluido el salmo, se levantaba uno de los penitentes, y le presentaba su párroco ú otro sa-

cerdote al señor Obispo, á fin de que le reconciliase con la santa Iglesia. El Prelado preguntaba entonces al sacerdote: ¿Es digno de ser reconciliado? y éste contestaba: es digno. Luego el Prelado daba el ósculo de paz al penitente, diciéndole: la paz sea contigo; y todos los demás penitentes recibían el ósculo de paz dándosele entre sí. El Prelado seguía preguntando á los sacerdotes encargados de los otros penitentes, si eran dignos de ser reconciliados; contestando que lo eran.

Acabado este acto, la procesión regresaba á la iglesia. El señor Obispo tomaba el báculo y alargaba el extremo de la parte inferior á uno de los penitentes, quien lo cojía con la mano, dando la otra á un penitente, que hacía lo mismo con los demás; de modo que todos se daban las manos, y formando una fila entraban así en la iglesia. Al llegar al presbiterio postrábanse los penitentes, y el Prelado rezaba algunas paces, con lo cual terminaba la ceremonia. Luego comenzaba la Misa del Jueves Santo.

Todos estos recuerdos manifiestan dos cosas; primeramente la suma benignidad de la Iglesia, que poco á poco y según lo han exigido las circunstancias de los tiempos, ha modificado con gran prudencia y oportunidad el rigor de la antigua disciplina respecto á los pecadores públicos. Además prueban lo que hemos indicado; que esta catedral desde los tiempos más remotos, se ha distinguido no sólo por su admirable organización, si que también por la exactitud con que aquí se han observado siempre todas las prescripciones de los sagrados cánones

Ramón O'Callaghan
Canónigo Doctoral.

La Cruz

LA cruz era un augurio funesto y terrible en la antigüedad, en la cual se hallaba concentrado no sólo todo el rigor del castigo de muerte, si que también toda la infamia de los suplicios y con este mismo carácter se encuentra descrito en las Santas Escrituras, pues se leen en el texto sagrado estas expresiones: «¡Maldito aquel que está clavado en el madero!— ¡Condenémosle á la muerte más afrentosa!» y otras que indican la nota infamante y de maldición que atraía sobre sí todo aquel que fuese condenado á muerte de cruz. Entre los romanos también estaba reputada la cruz como el madero desgraciado, el árbol fatal, el tormento de ignominia y en una palabra como el suplicio de los esclavos que para ellos era la última capa de degradación. Séneca enseñaba que semejante vergüenza puede reputarse entre el número de las desgracias en que para evitarlas debe preferirse el suicidio. Cicerón expresa todo el horror de este suplicio diciendo: «Espantosa es la ignominia de una condenación pública, espantosa la confiscación, espantoso el destierro; pero sin embargo, en medio de esos males, toda vía nos queda algún vestigio de libertad y aun la misma muerte cuando se nos impone, sucumbimos á ella desprendidos de toda traba y obstáculo; pero el nombre de cruz, que todo ese horror y toda esa afrenta no caiga jamás sobre un ciudadano romano y no se aproxime ni á su cuerpo ni á su pensamiento.» El mismo Plutarco refiere que aun en su tiempo, como colmo de oprobio en conmemoración de la sorpresa del Capitolio, se acostumbraba á llevar con gran

pompa en procesión un perro crucificado.

Ya consumado el sacrificio del Gólgota, nos lo da á conocer S. Pablo con el nombre del escándalo y la locura de la cruz y á Minucio Felix se le argüía contra los cristianos por la insigne locura de adorar á un Dios muerto en la cruz, suplicio según los judíos condenado y maldito de Dios mismo.

Estas razones eran las principales que movieron indudablemente á los judíos á pedir con tanta insistencia semejante pena para Jesús; no pedían su castigo y una muerte cualquiera, sino que una y otra vez repetían *crucificalo, crucificalo*, porque querían que el oprobio y afrenta del suplicio destruyese lo que quizás no podía vencer y destruir la misma muerte y porque no comprendían ni podían concebir, como después de morir Jesucristo en suplicio tan infamante, pudiera haber hombres que se atreviesen á llamarse sus discípulos.

Dios en su infinita sabiduría permitía y ordenaba los sucesos de tal modo, que de la misma abyección y oprobio saliese la gloria, que extremando todos los medios de destrucción, sirviesen éstos para exaltar más y más la divina figura y doctrina de Jesucristo; porque indudablemente nada prueba más la perfección del hombre y de la doctrina, que la contradicción y en realidad ésta no podía ser llevada ya á mayor extremo que al de asociar como hemos dicho al suplicio el oprobio y la afrenta, de la cual era imposible saliese triunfante un hombre, si á este hombre no iba unida la divinidad y mayormente si se considera la grandeza de este triunfo mil veces mayor que la del oprobio á que se la sometía, como que la cruz vence, impera y reina en el mundo todo.

EL INRI

La inscripción de la cruz se conserva en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén en Roma. Es una tabla de madera barnizada de blanco con las tres inscripciones en tinta encarnada, la superior está escrita en caracteres hebreos, la del centro en griego y la inferior en latín, ofreciendo la particularidad que todas tres siguen el mismo sistema de escritura de derecha á izquierda cual es usual en algunas lenguas orientales, pero que ordinariamente no se usa en latín; los caracteres latinos corresponden con bastante exactitud á los que suelen hallarse en las lápidas romanas de aquella época. Es de creer, pues, dada la forma de escritura, que fué hecho por algún judío al servicio de Pilato, pues que de ser escrito por romano la última línea hubiese sido trazada de izquierda á derecha.

Felipe Santiago Vilá.

Dimas y Gestas

Hodie mecum eris in paradiso
Luc., XXIII, 43.

Al Calvari hi han tres creus;
la del mitj es la més alta
y Qui hi mor té a mans y peus
desclozes les quatre deus
d' hont a dolls la Vida salta.

Lo bon lladre s' hi ha abeurat
com cervoleta ferida.
¡Ditxós d' ell y benhaurat
que, com bon lladre, ha robat
lo tresor d' eterna Vida!

Lo mal lladre prou que 'l veu
lo tresor sobre 'l Calvari,
prou que 'l guayta al costat seu...
¡Quatre portes li obri Deu
y encara no sap entrarhi!

T. Bellpuig, Pbre.

Domingo de Ramos

AUNQUE todos y cada uno de los días de que consta la semana, sean en sí santos, porque todos los hizo y á todos bendijo el Señor; es sin embargo llamada por excelencia santa y mayor la próxima semana por celebrarse en ella los augustos y adorables misterios de nuestra redención. Fijemos por unos momentos nuestra atención en la solemne procesión que tiene lugar antes de la misa conventual, llevando clero y pueblo en sus manos las palmas y ramos que con las más significativas oraciones acaban de ser bendecidos. Si atendemos al origen de tan solemne manifestación, hallaremos que este precisamente fué el día en que quiso hacer nuestro divino Redentor su entrada triunfal en Jerusalén en medio de vítores y aclamaciones, tendiendo la multitud del pueblo hebreo sus ropas por el camino, cortando ramas de los árboles que le sirvieran de alfombra en su tránsito y cantando llenos de júbilo los inocentes niños un piadoso hosanna al hijo de David, al Mesias prometido, al Rey de Israel.

Si después de esto pasamos á considerar las circunstancias que precedieron, acompañaron y siguieron á tan solemne y pública manifestación, descubrirá nuestra piedada materia abundantísima que meditar, y en su meditación, no podrá menos de enardecerse el corazón. Observemos si no como siempre brilla y resplandece la divinidad del que viene en nombre del Señor. Precisamente poco después de haber obrado el milagro de la resurrección de Lázaro, evidente prueba de su infinito poder, es cuando se verifica esta entrada triunfal del Salvador en la metrópoli de la Judea, pasando antes por el barrio de Bethfage, el monte de las Olivas y el valle de Josaphat. ¡A cuántas reflexiones se prestan estos lugares próximos á aquella ciudad donde hoy entra triunfalmente el Mesias! Bethfage, palabra hebrea que significa casa en la boca del valle por estar situada á las faldas del monte de las Olivas, era el barrio de los sacerdotes de la antigua Ley en que se atendía al cuidado, y de donde eran conducidos los corderos y otras víctimas que debían ofrecerse en el templo: hé aquí porque Jesucristo quiso desde allí ser llevado en triunfo por la puerta áurea á Jerusalén y al templo, mostrándonos con ello que El era el cordero que quita los pecados del mundo, figurado en el cordero pascual, que el día de las Palmas era con solemne pompa llevado á la ciudad para ser inmolado cuatro días después: hé aquí porque quiere antes pasar por el monte de las Olivas donde con su muerte había de triunfar del príncipe de las tinieblas, y devolvernos la vida que por el pecado habíamos perdido: así también en el valle de Josaphat, por donde seguidamente se verifica el pomposo tránsito, siendo aclamado como rey, ha de celebrarse un día aquel tremendo juicio, ha de oírse por todos aquella sentencia definitiva de vida ó muerte eterna, de la cual no habrá ya apelación á otro ulterior tribunal.

Quien desee ver más pruebas aun de la divinidad de Jesucristo en esta su entrada triunfal, observe como sin la más leve resistencia permite el dueño, que dos de los discípulos del Salvador desaten en la aldea que está enfrente y se lleven las cabalgaduras en que ha de ir sentado su Maestro: y es esto porque el Señor, es decir el Mesias, dueño absoluto de todas las cosas, ha menester

de ellas para entrar en la corte como Rey: no importa que no se vean caballos ricamente enjaezados, ni carroza dorada, ni séquito de altos personajes que le acompañen, ni armas que le defiendan, ni clarines que resuenen, ni púrpura que brille: todo de esto para los reyes caducos de la tierra: su reino no es de aquí; sino espiritual y celeste, que nunca ha de fenecer. Tal le anunció el Profeta cuando, dirigiéndose á Jerusalén bajo el nombre de hija de Sión, le anunciaba que su Rey vendría manso, sentado sobre una asna y un pollino hijo de la que está bajo de yugo. ¡Cuánta grandeza y poderío se descubre en medio de tan profunda humildad y pobreza! El pueblo Judío acostumbrado al yugo de la ley mosaica, como el pueblo gentil que hasta entonces había vivido sin ley, todos dependen de este Rey, á todos se extiende su reinado: es un rey en cuyas manos están los corazones de los hombres, que los mueve é inclina cómo y cuándo le place.

Así se explica cómo aquel pueblo de dura cerviz, interiormente movido, le reconoce y aclama en este día con las mayores demostraciones de júbilo saliéndole al encuentro con palmas y ramos de olivo y desatándose en sus alabanzas las lenguas de los niños. No podían expresarse de un modo más elocuente los atributos y cualidades de este Rey; pues si la palma es el símbolo de la victoria como es asimismo el olivo el emblema de la paz, justo era que así fuese recibido. El que con su muerte había de triunfar del príncipe y autor de la muerte; justo era que tales demostraciones se hiciesen al Rey pacífico que nos ha sido dado y venía no á ser temido por su poder, sino á ser amado por su mansedumbre.

Penetrémonos, pues, del espíritu de la Iglesia nuestra Madre en tan augusta ceremonia, imitemos las virtudes de que nos da sublime ejemplo el divino Maestro, para triunfar con ellas del enemigo de nuestras almas, y en especial correspondamos con amor á quien habiéndonos amado, nos amó hasta el fin, practicando las obras de caridad simbolizadas también en los ramos del pingüe olivo.

De este modo podremos confiadamente esperar que, así como los obsequios de aquella piadosa multitud del pueblo é inocentes niños fueron aceptos y agradables al Señor, cuando estaba próximo á padecer y morir; sintiéndonos poseídos de los mismos afectos, también ahora, después de la victoria, reinando ya en el cielo, sea de su divino agrado nuestra devoción.

Miguel Gallench
Canónigo Penitenciario.

O Cruz ave spes única

Si la vida del hombre es una milicia sobre la tierra, en expresión del Santo Job, la rudeza del combate y los esfuerzos del verdadero católico para sobreponerse á las miserias de sus contemporáneos en la época presente, deberán ser poderosos para poder conquistar laureles de gloria, que la historia conserve grabados en páginas de oro.

El católico de verdad, como valeroso soldado de la milicia de Cristo, deberá pelear con ansia por el triunfo del signo de su redención. La Cruz. Hé aquí la insignia que debe tremolar y defender públicamente el verdadero católico. La Cruz. Signo de amor y de esperanza, y tema inagotable, en que todas las facultades del espíritu humano han producido la armonía más sublime para encomiar sus glorias en múltiples volúmenes, en discursos elocuentes é inspiradas poesías.

La Cruz ha sido y será el asunto de

todos los siglos, el libro de todas las edades y la página consoladora de todos los fieles. Cuando el pensador imparcial dirige una mirada retrospectiva sobre las naciones modernas; cuando examina á la luz de la filosofía y de la verdadera crítica, cómo se encuentra nuestra querida Patria, y los pavorosos problemas que la agitan sin cesar, no puede menos que dirigir su vista á esa Cruz bendita del Calvario, y decirle de lo íntimo de su alma: "O Cruz ave spes única". Sí, Cruz adorada, tú eres mi única consoladora esperanza; tú te levantas en ese monte y abres tus brazos como orador elocuente, para predicar á los siglos esa fuerza misteriosa del amor y ese atractivo encantador de la esperanza; tú te presentas ante la humanidad esclava de la culpa, como signo de verdadera libertad; tú eres, en fin, el emblema, el estandarte santo, en el que aparece ese glorioso nombre de libertad, porque Jesucristo crucificado nos dió la libertad de los hijos de Dios, librándonos de la tiranía del demonio y de la esclavitud del pecado.

Con esa santa libertad, la Iglesia ha bendecido á cuantos han vivido en su seno. Ella bendice al niño que nace, al anciano que muere, al Rey que empuña el cetro, al soldado que maneja la espada, al togado que aboga por el pobre, al magistrado que defiende la justicia, y á cuantos han emprendido obras grandes para bien del mundo. Pero al mismo tiempo, Ella ha dicho al niño, que reverencie á sus padres y tema á Dios; al anciano, que sea á todos venerable por su virtud; al Rey, que gobierne con equidad y defienda la Religión y la Patria; al soldado, que sea fiel á sus juramentos y no manche la espada con deshonra; al abogado, que no mire al dinero que relumbra en las palmas de la mano del rico; al juez, que no incline la balanza al oro, sino al que tiene el interés de la justicia, y á todos en fin, que se contengan en los límites que Dios ha puesto á todo el que tiene que inclinar su cerviz ante la tumba.

¡Oh libertad santa de la religión católica! ¡Cuántos sabios y cuántos santos aprendieron las doctrinas de la Cruz!

¡Hombres desgraciados de nuestros días! No creáis que ese manto de escarlata llamado libertad, emancipación del entendimiento, y otros con que os queréis encubrir, os exime de tener toda la hediondez de los herejes. El primer Vicario de Cristo nos dijo hace veinte siglos, que la palabra libertad había de ser el velo con que los enemigos de Dios cubrirían su perversidad. (1).

Calle, pues, la procaz impiedad de nuestros días, y confiese su derrota ante las glorias de la Cruz; vengán todos los enemigos de Cristo para atacarle de nuevo; llegad todos, judíos, herejes, impíos, malos católicos, hijos malvados y apóstatas; uníos bajo un mismo estandarte; sea vuestra divisa destruir la doctrina de esa Cruz, la religión del Crucificado. ¿Qué haréis? ¿Atacaréis el dogma de nuestra fe? Mil veces triunfó. Dirigiréis vuestros esfuerzos contra la Iglesia? No os teme, pues está fundada sobre una piedra angular en que se estrellan todos sus enemigos. ¿Reuniréis vuestros escuadrones contra sus ministros? ¿Ensangrentaréis vuestros cuchillos en sus corazones? Veinte siglos hace que la humanidad altanera está haciendo ensayos, sin poder conseguirlo; siempre los hallaréis dispuestos á morir por la Cruz, por la Religión, por sus leyes y por su inmortalidad; siempre resistirán á la injusticia, á la impiedad y á la irreligión; y si les es indispensable morir, morirán, sí, pero será con el consuelo de saber que no alcanzaráis vuestro triunfo, y allá en la tumba, se alegrarán sus humillados huesos con esta idea.

Quédese, pues, la libertad de blasfemar para el demonio y sus secuaces, que son enemigos del bien: la libertad de destruir las obras de la religión para sus legiones: la libertad de negar lo que no se comprende para los precitos: la libertad de dar rienda á los apetitos sensuales para las fieras, porque rugen con furor, tiranizan en los desiertos, y por tener uñas de acero, se divierten en matar corderos: déjese, en fin, esa libertad ó esclavitud para el pecador, del que dijo el Hombre Dios de la Cruz, que todo el que comete pecado, sirve al pecado y siervo es del pecado. (2)

Los hombres que á la sombra de esa libertad heretical, se ocupan en estudiar la religión de la Cruz y sus misterios, sólo verán confusión y tinieblas para su entendimiento, y pesares y zozobras para su corazón: el compás de su razón jamás les dará una medida exacta; la es-

cuadra de su raciocinio no les presentará un sólo ángulo recto; el telescopio de su entendimiento no les aproximará ningún objeto celestial.

¡Oh Cruz mil veces dichosa! Nosotros te adoramos; eres nuestra divisa para resistir al enemigo y vencerlo; te juramos un amor eterno; te prometemos no desertar jamás de tu bandera; iremos siempre marcados con tu señal; defendéndonos, pues; conforta nuestra debilidad; sé nuestro amparo en la vida, y haz que en la hora de la muerte, pronuncien mis labios estas consoladoras palabras: "Adórote, Señor, y te bendigo, pues por tu santa Cruz, redimiste al mundo y á mí pecador."

A. Piña
Arcediano.

Ecce-Homo

AQUELLA fatídica Profecía del anciano Simeón, diciendo á la más pura de las Vírgenes, que el hermoso niño que llevaba en sus brazos sería signo de contradicción, durante la larga serie de XIX siglos ha tenido exacto cumplimiento en la divina Persona de Jesucristo. Destinado por su Eterno Padre para restaurar la vida interna de los espíritus y la constitución de las sociedades, Jesús adoctrinó á la Humanidad con la purísima verdad del Evangelio, diametralmente opuesta á los errores de los filósofos y á los extravíos del humano corazón.—Y hé aquí porqué el pueblo Judío, fascinado por los falsos Doctores de la Sinagoga y mal dirigido por gobernantes de su tiempo, fácilmente se olvidó de la celestial doctrina que había oído de los labios de Jesús y de los mil y mil portentos que á su favor había obrado.

Por eso, cuando Poncio Pilato presentó á Jesús lastimado por más de cinco mil azotes, diciendo á la muchedumbre: «Ecce Homo», aquel pueblo, ebrio de furor y ávido de sangre inocente, clamó contra el Justo y manso Cordero: «Crucifige, Crucifige.» La víctima santa fué inmolada en medio de dos ladrones bebiendo el caliz de horribles tormentos, y desde ese momento fueron hechas las paces entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres. *Justitiae et pax osculatae sunt.*

No se crea, sin embargo, que la sangrienta tragedia del Calvario ha terminado en el mundo: ella viene reproduciéndose en cada siglo de distinta manera, siendo siempre Jesús el signo de contradicción. Allí está el gran libro de la Historia del cristianismo, que atestigua la verdad de la triste Profecía de aquel Anciano venerable. Y hay que confesar, que la persecución que se hace en nuestros días á Jesucristo, tiene mucha semejanza con la que sufrió durante su Pasión y muerte.

Hoy, como entonces, el pueblo clama contra Jesús y su Iglesia santa, porque los poderosos de la tierra patrocinan la causa del mal; unos porque son débiles y transigen con el error; otros porque están llenos de orgullo y soberbia; aquellos porque están dominados de insaciable avaricia; estos porque están poseídos de un odio satánico á todo lo que respira virtud y santidad.—«Ecce Homo» hé aquí, dicen al pueblo: hé aquí el hombre que condena nuestros sistemas de Gobierno y mata nuestros egoísmos.—«Ecce Homo» hé aquí el hombre que amenaza acabar con todas las libertades del moderno progreso.—«Ecce Homo» hé aquí el hombre que desbarata todos nuestros planes revolucionarios. Esto dicen y esto enseñan al pueblo los llamados regeneradores de la sociedad;

y como tales libertades de perdición halagan y seducen á las masas populares, éstas, imitando al pueblo judaico, claman furiosas contra Jesús pidiendo el destierro ó la muerte de sus Ministros para hundir si fuera posible la colosal obra del catolicismo.

¡Ay! del pueblo hispano, si continúa imitando la pérfida conducta del pueblo deicida! ¡Ay! de los nuevos Herodes y Pilatos, si no desisten de su empeño infernal!!

Salvador Lopez
Canónigo.

¿CRISTIANISMO Ó SOCIALISMO?

«Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem» Joan. XV. 12.

I.

HUBO un tiempo en que exaltadas grandemente las pasiones humanas, se observaba en las sociedades una desigualdad tal, que convertidos en tiranos los poderosos, disponían á capricho y sin compasión de la suerte, y hasta de la misma vida de los pobres; no había en el mundo más que esta radical diferencia: El señor que mandaba á su antojo y el esclavo desgraciado y miserable que en nada se pertenecía, era todo de su soberano dueño.

Y el despota que oprimía al débil era un hombre criado por Dios, sostenido por su divina Omnipotencia, hijo de Adán que nació desnudo con el llanto en los ojos y que había de morir por la intensidad siempre en aumento de aquel mismo llanto; y el esclavo mostraba también en medio de su desgracia esos mismos títulos de nobleza, herencia común de toda la humanidad. Todos debían reconocer un mismo Padre; este Padre no hizo distinción entre ellos, y al repartir la herencia, los títulos de su elevado rango les dijo: *Yo soy vuestro Dios, vosotros mis vasallos; amaos mutuamente como hermanos de un mismo Padre.*

Por eso al ver ese Padre común de la humanidad la singular diferencia que entre sus hijos se notaba; entronizados los unos en las alturas del poder, afortunados con todo el oro de la tierra y acariciados por todas las comodidades de la vida; esclavos los otros de un despotismo bárbaro y salvaje, abandonados á todas las desgracias de una vida arrastrada los que no se conformaban con los duros tratamientos de la esclavitud, que era aún mayor tormento; al ver los estragos que venía haciendo en el seno de la humanidad aquella guerra encarnizada entre la tiranía más infame y la debilidad más inocente, promulgó de nuevo la ley del mútuo amor, de la caridad universal.

Jesucristo fué el heraldo divino que vino á establecer las paces, tendiendo su mano al esclavo para levantarlo y redimirle, y deprimiendo con tesón las pasiones, los feroces instintos del soberano. «Amaos los unos á los otros», dijo, que todos sois hijos de un mismo Padre y todos aparecéis ante El con los mismos distintivos y condecoraciones. Doblega tu cerviz despota altanero que cebas tu fiereza en la debilidad de los que tienes esclavos á tu antojo; rompe esa cadena con que oprimes en las horribles mazmorras de un tormento insoportable á tantos desgraciados. Levantaos, vosotros que lloráis bajo el férreo yugo de todas las tiranías, recobrad el título de *hombres libres* que con la naturaleza heredasteis, y reconoced todos por único Señor y Soberano al que es Padre común de todos, al Dios de cielos y tierra. No

(1.) 1.ª Petr. cap. 2. v. 10.

(2.) Joan. cap. 8 v. 34

haya más diferencias, *habéis de ser unos como yo y mi Padre celestial*. «*Todos os habéis de amar mutuamente como yo os he amado*», y resignaos con lo que para vuestro bien y el de vuestros prójimos dispusiere su infinita providencia.

Y esa ley que Jesucristo predicó á los hombres, esa caridad por la que en amistoso abrazo se estrecharon el *señor* y el *esclavo*, esa ley de igualdad es la base, fundamento y piedra angular sobre la que majestuoso se levanta el colosal edificio de la Iglesia católica. Todos sus miembros están unidos con los vínculos más ó menos estrechos de la caridad, se reconocen hijos sumisos de Ella y hermanos en Jesucristo, formando una familia que se extiende por todas las naciones y abarca todas las razas. La caridad es el lazo que los une y la divisa que los distingue. Todos se postran ante un mismo altar para dirigir al cielo una misma plegaria: la plegaria de la santa resignación en la voluntad de Dios.

Esa es la igualdad que Cristo estableció con su doctrina y con su ejemplo.

II.

Pero la caridad evangélica ha alcanzado mayores triunfos. No se limita á esa igualdad con que los hombres mutuamente se consideran hermanos en Jesucristo, á esa igualdad que no trasciende del orden religioso-moral; ha llegado á ser la única ley en todos los terrenos de la vida; en el social, legislativo, económico, industrial y mecánico...; la caridad evangélica ha llegado á unir á los hombres tan íntimamente, que no se notan entre ellos más diferencias que las de fisonomía y carácter y aun en esta última hace notables progresos, dominando los ímpetus y movimientos apasionados. Esa caridad ha hecho que entre ellos reine la igualdad más perfecta que puede haber en lo humano. Miradles, visten todos del mismo paño el mismo sayal, todos comen en la misma mesa, oran juntos, las penitencias y las mortificaciones son comunes, todos trabajan: los unos en las escuelas, en las academias, en los observatorios, en los confesonarios, en los talleres, en los campos; los otros recorriendo las selvas del país inculto; no les mueve ningún aliciente humano, ni la gloria del siglo ni la remuneración material, porque ni su trabajo ni sus sacrificios tienen tasado estipendio alguno; su ley de vida es la oración y el trabajo; si hay entre ellos superiores no lo son por la ambición de mando, rehusan esa dignidad porque les trae mayores responsabilidades ante Dios, ni son esos títulos de derecho hereditario, ni siguen la ley de razas; de los más humildes y sencillos se eligen á veces, ni se consolidan en el mando sino que bajan luego á la condición de súbditos como lo eran antes para obedecer á otro inferior tal vez en ciencia y santidad. Tampoco necesitan, para mantener esa vida de tan perfecta igualdad, de fuerza coercitiva, no tienen ejércitos, ni bayonetas, ni cañones, para contener á los revoltosos, ni jueces de lo criminal, ni cárceles para los malhechores. Una sola ley les contiene y les domina: la persuasión íntima, la santa resignación y se reparte entre todos la herencia que uno adquiere de sus padres ó parientes; y es de todos la gloria que uno alcanza por los inventos de su genio creador, y es también común á todos la limosna que los mendicantes imploran de la pública caridad.

Y esas sociedades no son de un día, son de siglos, ni de una región ó provincia, se extienden por todos los ámbitos de la tierra; ni son centenares los hombres que las consti-

tuyen, son millones: Registremos la historia y encontraremos á los Agustinos en el siglo IV, á los Benitos en el VI, á los Brunos en el XI, á los Nolascos, Dominicos, Franciscanos y Clarisas en el XIII, á los Capuchinos en el XV, á los Loyolas, Teresas y Camilos en el XVI, á los Vicentes de Paúl, Calasanz y Franciscos de Sales en el XVII.....

....Si Dios no hubiera confirmado la verdad de su doctrina con estupendos milagros, esa fecundidad milagrosa de la doctrina evangélica, ese poder divino de la caridad cristiana, que mantiene unidos en la más perfecta armonía de costumbres, sacrificios, privaciones, abnegación y pobreza á tantos hombres, sería más que suficiente para demostrar la divinidad de nuestra moral y la santidad de nuestra Religión.

¡Qué porvenir tan hermoso augura la caridad del Evangelio!

III.

Hoy los sectarios del mal y del error tienden su mirada por todas las naciones de la tierra, y al observar la desigualdad de clases, al ver á los que mandan encrudelecerse como tiranos, y á los que obedecen encorvarse bajo el peso de un yugo insoportable;.... á los que viven en la mayor holgura acompañados de todas las comodidades.... y á los que pasan con las más penosas estrecheces la vida, cuando no les falta hasta el necesario sustento;.... valiéndose como de pretexto de esta nueva fisonomía que presenta la moderna sociedad, para satisfacer su ambición ó sus odios, pretenden llevar á cabo una obra colosal de restauración: el nivelamiento de todas las clases de la sociedad.

Para ello han jurado el exterminio de la Iglesia de Cristo esgrimiendo contra ella toda suerte de armas, desde la calumnia hasta el atropello, porque la Iglesia es *tirana opresora que oprime á la humanidad y contribuye á hamáscer cruel la miseria y la pobreza*.

Para ello detestan la moral evangélica, porque les condena á vista de esas adulaciones bochornosas con que engañan miserablemente al pueblo, haciéndole ver como factible el mayor de los imposibles... porque les obliga á matar en sus corazones las pasiones que los exaltan: la ambición y egoísmo que les impulsan á aparecer como regeneradores del orden social.... porque les obliga á abajarse para compartir y aligerar las miserias del pobre y ellos le adulan y lisonjean para que con su intervención material ó personal proclame y encumbre á los que serán mañana los verdugos que le ahorquen como son hoy los explotadores que le esquilman.

Para ello no inspiran á las masas en la caridad de Cristo sino en el odio y rencor contra el rico y poderoso....

Y esa obra intentan realizarla.... Para ello no basta la persuasión: el proclamar y divinizar los *derechos* del obrero, ni predicar que la Iglesia es el único obstáculo para el triunfo de la igualdad.... Se ha de dar un paso más, se ha de apelar á la fuerza, no quieren la paz sino la guerra.... *la Revolución*.... que encontrará tenaz resistencia y para vencerla de qué medios tan infames han de valerse: del *robo* y del *asesinato*!

¡Qué porvenir tan funesto nos augura el Socialismo!

Eliás Milián, Pbro.

Catedrático del Colegio de S. Luís.

Jesús-Rey

ACERCÁBASE el cumplimiento de las profecías.

El pecado que enseñoreándose del hombre en el Paraíso, había levantado un trono en su corazón y ostentado su realeza en el mundo, debía dejar el lugar usurpado y caer destronado ante el que era la verdad, el camino y la vida.

Jesús que diversas veces habiase sustraído á las muestras de veneración y cariño de sus discípulos, Jesús que huyó cuando supo que pretendían aclamarle Rey, quiso manifestar su soberanía, antes de entregarse para redimir al hombre de la esclavitud del pecado.

Y en verdad, lo consiguió.

Un hermoso día de Primavera oreado por la suave brisa perfumada del aroma de mil flores, multitud inmensa de gentes llenan el camino de Betania, desgajan floridas ramas de olivo, tienden en tierra sus vestiduras, alfombran el camino de rosas, y el que resucitó á la hija de Jairo y curó al leproso, el que volvió á la vida al hijo de la viuda de Naim y dió movimiento al paralítico, el que llamó á Lázaro de su sepulcro y limpió los ojos del ciego de nacimiento, entra en Jerusalén aclamado por la delirante alegría de gentes de todos los países que habían acudido para celebrar la Pascua, vitoreado por todo un pueblo que en transportes de cariño y entusiasmo, rayano en locura de amor, le llama su Rey y Señor.

Jamás conquistador alguno al volver á su palacio en dorada carroza ó sentado en fogoso alazán, tuvo el entusiasta recibimiento del humilde Jesús montado en un pollino. Ningún Rey rodeado de lujosa corte luciendo vistosos uniformes y seguido de millares de esclavos, recibió el día de su coronación ovación tan desinteresada y espontánea igual á la que recibió el manso Jesús, seguido de doce desarrapados pescadores de Galilea, en el día de su entrada á la Ciudad Santa.

Demostrada quedaba, pues, la Realeza de Jesús sobre el mundo, como más tarde debía probar su Humanidad en el Calvario, su Divinidad en el monte Olivete.

Nosotros que redimidos por su preciosa Sangre llevamos en nuestras frentes la señal de su glorioso triunfo sobre la barbarie y el pecado, ofrezcámosle pleitesía y homenaje, y despojados de las vestiduras de los vicios y adornados con las ramas de la paz y las flores de las virtudes cristianas, sean nuestros corazones la peana do sienten sus pies Jesús, Rey inmortal de cielos y tierra.

José M. Sabaté Abarcat, Pbro.

La Iglesia y el progreso musical

QUE la Iglesia católica ha sido en todos los tiempos la protectora más decidida y entusiasta de las bellas artes, es una verdad inconcusa. Nadie que de ilustrado se precie podría negarlo sin que el ridículo cayera sobre él.

En la Edad Media, durante aquellos siglos tan llenos de guerras y revoluciones formidables, cuando la Europa era un verdadero caos en el que faltaba ambiente á los artistas para desarrollar sus facultades, sólo Roma, sólo los Papas se muestran

decididos protectores del Arte en todas sus manifestaciones; y llaman á su lado, y cobijan, y alientan en sus empresas inmortales á aquellos genios incomparables que se llamaron Miguel Angel, Rafael Sanzio, Brabante, Bernini, Petrarca, Torcuato Tasso, y otros muchos cuya enumeración se haría interminable.

Pero que la Iglesia católica sea el fundamento del arte musical, la fuente de agua pura y cristalina donde han bebido los grandes talentos músicos, la madre cariñosa que ha dado sér á tantas inteligencias inmortales, es una verdad que desconocen muchos que de ilustrados se precian, y de sabios tienen fama. Sin embargo, nada más verdadero.

Empezando por la infancia del arte, tenemos á San Gregorio, compositor y compilador de nuestra música litúrgica, que de él tomó su nombre; tenemos un Guido de Asezzo, que inventó la escala musical y nomenclatura moderna de las notas; tenemos á Juan Perluigi Palestrina, nuevo Noé que con su *Misa del Papa Marcello* salvó del naufragio al arte musical, destinado entonces á perecer por completo.

Si hasta el moderno drama lírico, no fué en un principio otra cosa que representación de asuntos sagrados, cuyo desarrollo, desenvolvimiento y perfección se deben tanto á los artistas, como á los pontífices que les animaron en su empresa y protegieron eficazmente para el buen éxito de sus obras.

Gracias, pues, al apoyo de la Iglesia, el arte musical religioso llegó en el siglo XVI á un tan alto grado de perfección, que no lo ha superado ni lo superará jamás ningún hombre. El mismo Wagner no se desdena en afirmarlo: «El canto eclesiástico (católico) dice, tal como se le encuentra en las obras de los grandes maestros del siglo XVI, produce sobre las almas, por su ejecución, un efecto tan maravilloso, tan profundo, que no puede compararse á ninguno de los que otro arte, cualquiera que sea, pueda producir.»

No niego que el protestantismo haya hecho algo en favor de la música: prueba de ello son los Corales «*Ein feste Burg ist unser Gott*» de Lutero, «*Nun ruhen alle Wälder*» de Gedruch, y «*Alein Gott in der Höhe sei Ehr*» de Decius; pero estos corales luteranos, á pesar de su grandiosidad y severidad incomparable, no dicen nada al alma, no hacen latir nuestro corazón elevando nuestro pensamiento al Cielo; pasada la impresión del momento, nos dejan seco el corazón, fría el alma.

Y si de la música religiosa en general, pasamos á aquella que la Iglesia católica usa en la Semana Santa para los cantos litúrgicos, ¿cuál como ella? ¿Qué Iglesia, qué Religión puede presentar obras tan colosales, tan incomparables? Ninguna. Sólo ella puede vanagloriarse de haber producido un *Miserere* de Allegri, un *Stabat Mater* de Pergolesse, los *Improperios* de Victoria, las estupendas obras de Palestrina, de Morales, Gastoldi, Gabrielli, Guerrero, Vecchi, Croce, etc., etc.

¡Honor y gloria, pues, á la Iglesia católica, madre del arte musical, creadora de incomparables genios que al recoger la corona de la inmortalidad artística, hacen que se la bendiga y aclame á través de los siglos y las generaciones, por los amantes de la belleza ideal infinita!

Eduardo Torres, Pbro.
Maestro de Capilla.

Imprenta de FOGUET, Plaza Hospital, 5.